

La liturgia romana: una revelación velada¹

Martin Mosebach

Cuando se dice que la liturgia romana es una revelación velada, conviene precisar primero a qué liturgia nos referimos. En 1968, el papa Pablo VI introdujo una nueva liturgia que, en muchos aspectos importantes, se aleja de la liturgia que durante mil quinientos años fue la única válida y que, en la vida de la Iglesia, ha quedado marginada por la nueva. Es difícil entender cómo se puede decir que esta nueva liturgia es una «revelación velada», ya que ha sido despojada de muchos signos sacramentales muy antiguos. Sin embargo, desde hace algún tiempo, los dicasterios romanos califican el antiguo rito de «clásico», y el sentido más evidente que esto puede tener es que se considera una referencia válida del sacrificio y la oración litúrgicos. En 1984, el papa Juan Pablo II precisó las condiciones de uso de los antiguos libros litúrgicos; recientemente, él mismo celebró una misa según el antiguo rito. Por lo tanto, parece que se puede tratar el antiguo rito sin verlo como una cuestión puramente científica. Por esta razón, en la presente exposición, esta dimensión de «revelación velada» se considerará exclusivamente a partir de los libros del antiguo rito, de los que se puede decir efectivamente, teniendo en cuenta el número y la importancia de los elementos velados que se encuentran en ellos, que se trata de una «revelación velada» o, mejor aún, que este rito «vela para revelar mejor».

El primer ejemplo es el celebrante, que lleva vestimentas, cada una de las cuales tiene un carácter simbólico. Para empezar, se coloca el amito alrededor del cuello recitando una oración sobre el casco de Dios que se está colocando en la cabeza; pero lo que está velado es un gesto que significa mucho más en la Antigüedad pagana y judía: el arrepentimiento y el duelo, así como la reverencia debida al lugar sagrado. Se observa que, en breves oraciones, el sacerdote se reviste de las características y virtudes asociadas a cada una de las vestiduras sacerdotales —como la castidad, la fuerza y la humildad—, verdaderamente como partes de la armadura de la que habla san Pablo.

El sacerdote «se reviste» literalmente del hombre nuevo, Cristo. Por supuesto, pide que a esta vestimenta exterior le corresponda una transformación interior. No obstante, se trata fundamentalmente de un acto externo: la gracia viene «de arriba», es decir, del exterior, y el hombre no considera su perfección como el resultado de sus propios esfuerzos, sino como un don que se apropia al vestirse y que viene de fuera de él. En el caso del obispo, esto va aún más lejos: se pone

¹ Actas VIII. Versalles. 8 al 10 de noviembre de 2002.

guantes y zapatos y, por lo tanto, queda completamente «envuelto»; no puedo evitar pensar aquí en la descripción que hace Mircea Eliade de esos e os sacerdotes de ciertas tribus africanas que deben ser llevados para no tocar el suelo, lo que les haría perder su fuerza mágica². Además, esta «vestimenta» del obispo subraya que posee la plenitud del sacerdocio, ya que viste en particular las prendas que corresponden a las diferentes órdenes: además de las vestiduras sacerdotales propiamente dichas, lleva la túnica del subdiácono y la dalmática del diácono. Por último, cuando realiza una acción sacramental y toma la hostia en sus manos, se quita los guantes para transmitir la energía bendita que él mismo recibió en el momento de la imposición de manos, durante su consagración episcopal.

El obispo va acompañado de monaguillos cuyos hombros están cubiertos con una banda de tela llamada velo humeral (*velum*); su función es sostener, durante la liturgia, las insignias episcopales: la mitra y el báculo, lo que hacen con las manos cubiertas por el velo humeral; antiguamente, además, también se llevaba el evangelario con las manos cubiertas por las vestiduras litúrgicas. Cubrirse las manos es un gesto de respeto que se remonta a la Antigüedad y que expresa la condición de servidor. Todavía hoy, en el mundo profano, los sirvientes que sirven la mesa a veces llevan guantes blancos: es una lejana referencia a los temibles ángeles —descritos en el Apocalipsis de San Juan— que se mantienen ante el trono de Dios y que, con sus cuatro pares de alas, ocultan sus manos, sus pies y su rostro. El Apocalipsis es el libro litúrgico del Nuevo Testamento. Al igual que los ángeles, los monaguillos rodean al sacerdote que va a degollar al cordero sacrificial.

Es el Ofertorio el que, tras las lecturas de las Escrituras y la confesión de fe, constituye el comienzo del sacrificio propiamente dicho; entonces, el subdiácono lleva al altar los vasos sagrados y las ofrendas. El cáliz está cubierto con la patena, sobre la que se encuentra la hostia. Esta está cubierta con la pala, que es un paño blanco rígido, y esta a su vez está cubierta con una pieza de tela del color de las vestiduras sacerdotales: el velo. Así velado, el cáliz se asemeja a un tabernáculo —una tienda en miniatura— que oculta los vasos sagrados. El subdiácono lleva sobre los hombros el

² Por supuesto, en los libros litúrgicos esta relación no se confirma en ninguna parte. Las rúbricas occidentales evitan, a menudo de manera muy notable, cualquier referencia a conceptos místicos y sacros, que sin embargo son evidentes. Todos los textos litúrgicos de la Iglesia occidental están impregnados de un frío racionalismo, de una voluntad afirmada de «no querer saber» a qué se refiere cada una de las rúbricas litúrgicas en el marco general de la historia de las religiones. Desde los orígenes —y el conflicto entre Pedro y Pablo lo atestiguan—, la actitud del cristianismo hacia el paganismo ha estado fundamentalmente dividida entre dos tendencias: por un lado, una actitud estricta y puritana de rechazo, que no quería ver ninguna relación entre las «abominaciones del paganismo» y la nueva religión y, por otro lado, una actitud universalista que consideraba el paganismo como un segundo Antiguo Testamento en el que el Espíritu Santo había preparado, en el arte y la filosofía, la llegada del Redentor. Por mucho que para los defensores de esta segunda actitud fuera evidente que algunos elementos del antiguo sacerdocio se encontraban en el sacerdocio cristiano, esta concepción era sospechosa y abominada por los defensores de la primera actitud.

velo humeral con el que sostiene el cáliz y la patena sobre la que se encuentra la hostia, que no se ve. Así, velados, se llevan los oblatos, tanto antes de la consagración como después de haber sido consagrados, al igual que el cáliz y el copón que contiene las hostias consagradas. Por otra parte, así es como se procede siempre e en la Iglesia oriental: durante la procesión de los oblatos, antes de la consagración, se presentan los fragmentos de pan preparados para el sacrificio y el vino, cubiertos con un velo, para la veneración del pueblo. La ofrenda así velada es Cristo que aún no ha sido sacrificado, justo antes de la crucifixión; aún no es el «signo de contradicción» elevado al cielo. Es también Cristo aún vestido, esperando que le arranquen las vestiduras.

Una vez que el subdiácono ha llevado al altar las ofrendas y los vasos sagrados, el diácono le entrega la patena. Con los hombros y las manos cubiertos por el velo humeral, el subdiácono toma entonces asiento en los escalones del altar y eleva ante sí la patena. Se han dado dos interpretaciones a este gesto: por un lado, la reverencia debida al plato sobre el que se colocará la hostia consagrada, el Cuerpo del Señor. Pero también se ha visto en él una antigua costumbre romana: en el siglo^I, antes de celebrar su propia misa, el papa enviaba partículas de hostia a todas las iglesias estacionarias de la ciudad. En cada una de ellas, el subdiácono, revestido con el velo humeral, presentaba esta partícula en la patena para mostrar que el sacrificio que se celebraba estaba relacionado con el sacrificio del papa, jefe visible de la Iglesia, y que, al estar suspendidos el tiempo y la historia, como en todo sacrificio de la misa, solo había un único sacrificio: el de Cristo en el Gólgota, del que derivan y en el que confluyen todos los sacrificios litúrgicos. Así, este ángel que presentaba el cordero sacrificado cubierto con un velo era la encarnación de la liturgia eterna, que el Apocalipsis llama «las bodas del cordero» y a la que simplemente se asocian los liturgistas terrenales cuando ofrecen un sacrificio.

Esta acción de cubrir la patena con un velo se consideraba tan importante en la época en que se constituyó el culto que se retomó en las formas simplificadas de la misa. Cuando ningún subdiácono participa en la liturgia, el sacerdote, en el Ofertorio, desliza la patena bajo el corporal, un paño blanco cuadrado sobre el que descansa el Corpus Christi, la hostia. Cuando el sacerdote realiza este acto —y otros más—, da la espalda a la asamblea y oculta así lo que hace, de modo que los fieles no lo ven, y el cuerpo del sacerdote constituye entonces, en cierto modo, un iconostasio viviente. Lo mismo ocurre con otras acciones y gestos, que se desarrollan de forma «velada». Al iconostasio de la Iglesia oriental le correspondía en Occidente, en el primer milenio, una alta clausura del coro, o presbiterio, un amplio espacio que separaba a la comunidad del altar, o incluso un ciborio que podía ocultarse por completo con cortinas; Aún hoy, en Roma, se pueden ver, en

algunos de estos baldaquinos de piedra erigidos sobre los altares, barras para cortinas y anillas de bronce muy antiguas.

De todos estos elementos que servían para ocultar el rito, solo se conservan en el antiguo rito occidental el presbiterio, reducido a la mesa de la comunión, y el amplio espacio que separa el altar de la comunidad. Pero, además, las espaldas de los celebrantes, vestidos con ropas del mismo color, constituían una pantalla que impedía ver el desarrollo del sacrificio. En esto confluyen tres corrientes e de tradición. En primer lugar, la que tiene su origen en el Templo de Jerusalén, donde una cortina protegía el santo de los santos. Era delante de esta cortina donde se quemaba incienso en el altar de los perfumes mientras se sacrificaban las víctimas en el altar de los holocaustos. Así, en Jerusalén, se sacrificaba delante de la cortina. Solo permanecía oculto, en el santo de los santos, el Dios invisible, simbolizado por el incienso. Esta cortina fascinó tanto a los paganos que la incorporaron a algunos de sus ritos: en la época helénica fue robada —estaba teñida con púrpura fenicia y, por lo tanto, era muy valiosa— y colocada en el templo de Zeus en Olimpia, en la cella situada delante de la colosal estatua de Zeus. Desde allí, se podía desenrollar desde el techo y caía en un cofre adornado con relieves de marfil, a los pies de la estatua.

Esta innovación introducida en el templo de Zeus —pues, en realidad, las estatuas de los dioses griegos no necesitaban ser veladas, ya que, salvo en algunos días festivos, se conservaban en la cella, siempre cerrada— nos lleva a una segunda corriente tradicional que explica por qué, en la liturgia cristiana, ciertos gestos y objetos eran velados y ocultados. Antiguamente existía un ritual originario de la corte del basileus de Persia: era el rito de la epifanía del monarca, que Diocleciano retomó e introdujo en la corte de Roma. Algunos días, para honrar al emperador y a su familia, la corte se reunía en la aula imperial. La familia imperial se situaba en una tribuna oculta tras una cortina. Cuando esta se abría, toda la corte se postraba. Estas cortinas se encuentran en la iconografía bizantina, donde se han convertido en un elemento importante de la representación de los santos: en el icono, el santo aparece entre dos cortinas entreabiertas; lo que se representaba así era el momento de su epifanía, a la que se respondía manifestándole reverencia. En la liturgia, cada elemento oculto del rito corresponde a una epifanía: la de la Palabra de Dios, que se lleva en procesión desde el santuario; la de los oblatos, durante la procesión; y, por último, la del Cuerpo y la Sangre del Señor, después de la transubstanciación; en Occidente, el sacerdote los eleva por encima de su cabeza para que la asamblea pueda verlos.

La tercera corriente de la tradición aún no ha sido, en mi opinión, bien puesta de relieve, aunque se trata de una práctica conocida desde hace mucho tiempo. Desde tiempos inmemoriales,

se celebra la misa en el Santo Sepulcro: no solo en la iglesia que se construyó sobre él y donde hay varios altares, sino también en la Gruta del Sepulcro propiamente dicha. En esta ocasión, el sacerdote y los fieles se reúnen en la antesala del Sepulcro, y allí se leen las lecturas que preceden al sacrificio. A continuación, el sacerdote entra en la Gruta del Sepulcro, donde la hornacina le sirve de altar y donde el mantel de altar representa, en cierto modo, el Santo Sudario. Cuando está dentro de la gruta, la comunidad que se encuentra en la antesala no lo ve, solo oye su voz. La consagración se lleva a cabo en el secreto del sepulcro y, por lo tanto, asimila el acto sacrificial del Gólgota con el momento de la resurrección en el sepulcro: en efecto, esta resurrección fue una especie de transubstanciación e , que es la transformación suprema que puede experimentar una sustancia, pasar de la muerte a la vida. En una iglesia, los fieles se colocan delante del coro y el iconostasio —o la espalda del sacerdote que les tapa la vista— como delante del sepulcro de Jerusalén, en cuyo secreto tuvo lugar la resurrección, en ausencia de cualquier testigo humano. La iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén fue la primera iglesia fundada por el emperador Constantino, con quien comienza el arte de la construcción de iglesias. El descubrimiento de la Cruz por su madre Helena marcó el inicio de una época de reconstrucción de la Pasión de Jesús, que permitió estudiar con gran detalle el Santo Sepulcro, que es el lugar central de la fe.

En la Iglesia de Oriente, antes del Ofertorio, el diácono lanza esta llamada: «¡Las puertas! ¡Las puertas! ¡Cuidado con las puertas!». De todo este rito a «puertas cerradas», la Iglesia de Oriente solo ha conservado esta llamada a ocultar las cosas. En la Iglesia occidental, la primera de las órdenes menores era la de «portero» —ostiarus—, que se encargaba de velar por que, tras las lecturas, ni los no bautizados ni los pecadores públicos participaran en el misterio propiamente dicho del sacrificio. Durante el primer milenio, siguiendo la tradición de los Apóstoles, la liturgia se concebía como la celebración de un misterio en el que no se permitía participar a los no iniciados ni a los que no eran dignos de ello; estos debían permanecer en el nártex, que es el vestíbulo de entrada de la iglesia. Allí era donde el sacerdote absolvía al pecador golpeándolo con una larga vara llamada narthex —en griego «férula»—, que dio nombre a esta parte de la iglesia reservada a aquellos que no estaban autorizados a participar en los misterios. En Roma, estas «férulas» se utilizaron hasta después del concilio en las siete iglesias principales. Sin embargo, en los últimos siglos, al no ser posible verificar si todos los miembros de la comunidad estaban habilitados para participar en la celebración, la Iglesia reconoció la necesidad de preservar los misterios del culto de la profanación. Así, durante el segundo milenio de la era cristiana, se estableció en Occidente la

costumbre de pronunciar en voz baja las fórmulas más sagradas, el «Canon», cuyo punto culminante es la consagración, para ocultarlas así tras un velo de silencio.

El pequeño armario dorado en el que se guardan las hostias no distribuidas en la comunión se llama «tabernáculo»: se trata de una denominación —latina— de origen judío que designaba una pequeña tienda en el templo mosaico. El término «tienda» implica en sí mismo la idea de «tejido». La puerta del tabernáculo suele estar oculta por una cortina de brocado, cuyo color suele corresponder al color litúrgico; el único color que no está permitido es el negro, que se reserva para las misas fúnebres y el Viernes Santo: sería incompatible con la Presencia del Dios vivo. En el interior, la mayoría de los tabernáculos tienen otra cortina, y los copones también están cubiertos con un velo que los recubre como un manto: es el pabellón. Así, cuando se retira el copón del tabernáculo, se tiene la impresión de quitar una a una las capas de una cebolla: cada capa esconde otra.

Cabe mencionar también el elemento más conocido, el que más llama la atención: desde el Domingo de Pasión hasta el Viernes Santo, se cubren con un velo los crucifijos, los cuadros y las estatuas. Como esto tiene lugar durante la Cuaresma, en la que el culto se reduce a sus dimensiones más simples —el órgano permanece en silencio, las campanas no suenan desde el Jueves Santo hasta el Sábado Santo, no se recitan algunas oraciones y no se permiten flores en el altar—, se ha dicho que este velo de los crucifijos, cuadros y estatuas es un «ayuno de los ojos». Pero, en realidad, la intención de este rito no es suprimir el placer de los ojos: tiene su origen en el rito que rodeaba a la auténtica Cruz descubierta en Jerusalén por la emperatriz Helena, el culto de la «Vera Cruz», que tuvo lugar primero en Jerusalén y luego se trasladó a Roma, donde se celebraba en la iglesia de Santa Croce in Gerusalemme. Como toda reliquia, la Santa Cruz estaba envuelta en paños cuando, durante el año, se conservaba en la sacristía. El Viernes Santo se llevaba a la iglesia y se le quitaban los paños en el marco de un rito solemne para que pudiera ser expuesta a la vista de los fieles. A cada lado de la Cruz, un diácono se encargaba de que los fieles que venían a besarla no cedieran a la tentación de llevarse un fragmento. Sin embargo, algunos fragmentos acabaron llegando, aunque de forma totalmente legal, a numerosas iglesias de Europa. En la época de la Ilustración, se decía en broma que, si se reunieran todos esos fragmentos, se podría reconstruir un bosque, pero se trata de una calumnia sin relación con la realidad: se ha calculado que, si se reunieran todos, se obtendría como mucho el equivalente a una gran estaca, lo que, por supuesto, no confirma ni desmiente en absoluto la autenticidad de cada una de las reliquias individuales.

Dicho esto, en Europa, cada uno de estos fragmentos era objeto de un rito idéntico al que se practicaba en Jerusalén y en Roma: se descubría solemnemente ante la asamblea, que luego venía a venerarlo, y este rito era exactamente el mismo en Francia y en Alemania. Finalmente, se retomó en todas las iglesias que no poseían reliquias de la Cruz: se cubría la cruz que se erigía sobre el altar y, el Viernes Santo, se veneraba como se hacía con la Vera Cruz; este es el rito de la Adoración de la Cruz. Por lo tanto, se cubría la cruz, no para ocultarla a la vista, sino para proceder con ella como se hacía con la Cruz auténtica: ya no era un objeto de meditación, un objeto de culto, un símbolo sagrado; había vuelto a ser el auténtico instrumento de tortura en el que Cristo había muerto. Por lo tanto, se cubría la cruz para subrayar la historicidad del acto salvífico. Lo mismo ocurre, por cierto, con la introducción en el *Credo* del nombre de Poncio Pilato, un administrador provincial poco conocido: el *Credo* habla, pues, de una muerte real, en una cruz verdadera, en una época determinada del mundo, en un lugar concreto, y esta adición rechaza la interpretación mítica, alegórica y simbólica de los acontecimientos narrados en el Nuevo Testamento.

Más tarde se estableció la práctica de cubrir todos los crucifijos, cuadros y estatuas de las iglesias, lo que no tiene nada que ver con la Adoración de la Cruz del Viernes Santo. Los encuentros entre la cristiandad latina y la cristiandad bizantina durante las cruzadas llevaron a Occidente a adaptar el concepto de iconostasio, al menos durante la Cuaresma. Fue entonces cuando, en Cluny, se empezó a delimitar el espacio del altar, durante la Cuaresma, con grandes «cortinas de Cuaresma» de tela pintada. Durante los ayunos, el culto se celebraba al abrigo de estas pantallas. En Alemania aún se pueden ver algunas de estas grandes cortinas, por ejemplo en Zittau o en Brandeburgo. Tras el Concilio de Trento, esta práctica de celebrar los ritos detrás de pantallas o cortinas se extendió rápidamente por toda Europa. De ella solo ha quedado la costumbre de cubrir con un velo los cuadros y las estatuas, lo que equivalía a transformar toda la iglesia en una especie de nártex, un vestíbulo sin decorar en el que, según la costumbre de la Iglesia antigua, los pecadores públicos esperaban ser absueltos. Tras la reforma de Cluny, toda la comunidad debía considerarse, al igual que los pecadores públicos, en penitencia y permanecer fuera del santuario hasta Pascua.

Para los movimientos racionalistas de todas las épocas, la práctica religiosa de ocultar objetos y ritos se ha convertido en el símbolo mismo del oscurantismo. Al igual que en el concepto de «iluminismo» existe la idea de una lámpara encendida que ilumina todos los rincones de un sótano lleno de telarañas y ratas, la retórica de la Ilustración afirmaba con gusto que este movimiento rasgaba los velos y arrancaba las máscaras. Para la Ilustración, lo que los velos ocultaban a los fieles no era más que un engaño. Esta idea se encuentra en la época barroca, donde

la alegoría de la *Fides* se representaba como una mujer con la cabeza y los ojos cubiertos por un velo, lo que tal vez ya ocultaba una intención subversiva, sería interesante verificarlo. La fe es una ceguera voluntaria, decían estas piadosas representaciones, que no incitaban precisamente a imitarlas. Era una reacción en defensa de la fe, perturbada por el racionalismo que creía que debía relacionar la religión con un *sacrificium intellectus*. Pero, en realidad, los fieles conocían el significado del velo cultural desde tiempos inmemoriales. Cuando Pompeyo entró victorioso en el Templo de Jerusalén, apartó la cortina del Templo con intención sacrilega, para gran desesperación de los sacerdotes. Lo que vio le llenó de un sentimiento de triunfo, un sentimiento que conocemos bien: detrás de la cortina no había nada.

Pero, ¿qué debería haber habido detrás de la cortina del Templo? ¿Creía Pompeyo realmente haber abierto los ojos de los judíos piadosos al violar su santuario? Lo que no vio —o no quiso ver— fue que lo que constituía el mensaje importante a los ojos de los judíos piadosos que frecuentaban el Templo no era lo que ocultaba la cortina, sino la cortina misma.

El significado real de este «velo» que cubre las cosas y las personas lo aprendemos de la primera mención que se hace de tal práctica en las Sagradas Escrituras: se trata, en este caso, de un e de una prenda de vestir. Tras la caída original, Adán y Eva descubrieron con horror que «estaban desnudos» y se hicieron ropa con hojas. Este pasaje tiene algo muy inquietante: según nos enseña el Génesis, el hombre fue creado perfecto. Su desnudez no era un defecto, sino la expresión de su semejanza con Dios. Después de que Adán y Eva desobedecieran el mandamiento divino, este defecto apareció de repente, aunque, exteriormente, el hombre no había cambiado en nada. Pero ha perdido algo que ahora le falta y que le provoca un sentimiento de pérdida. Para la teología, lo que ha perdido es la gracia. Torpemente, el hombre intenta compensar esta pérdida. Se cubre para recuperar lo que hasta entonces le había revestido de su resplandor.

El «velo» es, por tanto, un signo visible del halo de gracia y santidad que se ha vuelto invisible para el hombre. En la liturgia, el velo es la aureola que corresponde a la esencia propia de los vasos sagrados y de su contenido, aún más santo, una aureola que nadie debe olvidar si se quiere tener una idea correcta del significado de los vasos sagrados, así como de los signos y las hostias. Si en la liturgia un objeto está velado, no es para ocultarlo a la vista, para convertirlo en un misterio ni para esconder su apariencia: todo el mundo sabe cómo es. Sin embargo, esa apariencia no dice nada sobre su verdadera naturaleza, y esa es la razón de ser del velo. Y cuando se descorre este velo, cuando se penetra más allá de los otros velos que hay detrás y se quitan uno tras otro como las capas de una cebolla para llegar al corazón del misterio, nos encontramos de nuevo ante un velo: la hostia

misma es un velo, como dice un himno francés a la Eucaristía: «¡Oh divina Eucaristía, oh tesoro misterioso! Bajo los velos de la hostia se esconde el rey de los cielos».

Por lo tanto, podríamos resumir una doctrina teológica del «velo» diciendo que la creación de Dios es real, pero que esta realidad, esta capacidad de lo real, se ha visto debilitada por el pecado original. Su insuficiente realidad, su capacidad perdida para irradiar más allá de sí misma y darse a conocer como pensamiento del Creador se expresan mediante el velo, que sustituye a esa irradiación³. Ahora vemos lo que nos dice —o no nos dice— una liturgia que renuncia a velar las cosas: la presentación e e de la materialidad desnuda ya no tiene en cuenta la perfección sobrenatural de la creación y la capacidad del mundo para ser redimido.

³ En el nuevo rito instaurado por el papa Pablo VI, así como en la práctica —ahora habitual y a veces incluso fomentada por los obispos—, ya no se oculta nada. Ya no existe separación entre el santuario y la comunidad. El velo del silencio ya no oculta el Canon, los vasos sagrados ya no están protegidos por un velo, el pabellón del copón ya no existe. El ministerio del subdiácono, atestiguado desde el siglo^{III}, ha sido suprimido. Tampoco se cubre ya la patena con un velo. Durante la bendición del Santísimo Sacramento, es raro que se utilice el velo humeral para sostener la custodia; de hecho, este rito ha desaparecido casi por completo. En cuanto a cubrir los crucifijos durante el tiempo de la Pasión, se deja a la discreción de los sacerdotes: algunos lo hacen, otros no. En defensa de la reforma litúrgica, se afirma constantemente que se ha «restaurado» al rito de la misa la forma que tenía en la época del cristianismo primitivo, «purificándolo» y despojándolo de todas las adiciones posteriores. En este contexto, los velos y velos se presentan comúnmente como «adiciones tardías», cuando en realidad expresan el carácter de «misterio» que ya poseía la liturgia del siglo^I. Como todos los historicismos y todas las restauraciones —incluidas las del ámbito del arte—, se puede reprochar al arqueologismo lo que Fausto le reprochaba a un Wagner imbuido de historia: «Lo que tú llamas espíritu de los tiempos, / es el espíritu propio de los señores / en el que se reflejan los tiempos».